



La educación como proceso de transformación de vida

Georgina Sotelo Ríos
Martha Patricia Domínguez
Chenge *

Educación Transformación
de vida
Transformación
de vida *Educación*
Educación Transformación
de vida
Transformación
de vida *Educación*

* Licenciada en Ciencias y Técnicas de la Comunicación por la Universidad de Xalapa. Maestra en Estética y Arte con grado Cum Laude. Actualmente cursa el doctorado en Educación Relacional y Bioaprendizaje. Cuenta con la especialidad en Marketing Político.

*Licenciada en Ciencias y Técnicas de la Comunicación; Licenciada en Sociología; maestra en Literatura mexicana; maestra en Comunicación y Tecnología Educativa; doctora en Tecnología Educativa, por la Universidad de las Islas Baleares, España. Se ha desempeñado como reportera, jefa de prensa del IVEC; directora de medio gubernamental; editora; coordinadora de suplemento periodístico; técnico en Comunicación Educativa. Docente, jefa de la carrera de publicidad y relaciones públicas y Actualmente es directora de la Facultad de Ciencias Administrativas y Sociales, en la UV.



SUMARIO: 1. Resumen; 2. La gran paradoja del individuo irreductible; 3. Generalidades de la evaluación; 4. Importancia de la Evaluación; 5. Criterios, momentos y procedimientos para la evaluación; 6. Metodología para evaluar competencias; 7. La evaluación de competencias en síntesis; 8. Consideraciones finales; 9. Fuentes de consulta.

1. RESUMEN

Ante la incertidumbre del mañana, la educación es hoy más que nunca la más avanzada y liberadora tarea social, es además el medio ideal para seguir abrazando el sueño de una sociedad donde quepamos todos. Entendiendo el aprendizaje como este estado de “estar-en-proceso-de-aprender”, este acto existencial nos reafirma como humanos en un mundo en el que gran parte de la población ha pasado a desempeñar la función de “masa sobrante” donde el atraso es, sobre todo, de las mentes y de los corazones.

PALABRAS CLAVE: Aprendizaje significativo, educación, complejidad, revolución mental, nuevos paradigmas

2. LA GRAN PARADOJA DEL INDIVIDUO IRREDUCTIBLE

“Seguimos siendo un misterio para nosotros mismos” advierte visionario Edgar Morin como bienvenida en El método (2003). Nunca como ahora el conocimiento, los datos, la información habían estado tan al alcance de la mano. Parece que todas las ciencias, filosofías, disciplinas se han puesto de acuerdo para esclarecer desde su ángulo el hecho humano. Paradójicamente el

hombre sigue siendo “ese desconocido”, bien a bien, no sabemos qué es el hombre, porque conocer, no es comprender. Montaigne (Morin: 2003) considera que cada individuo singular lleva la forma entera de la condición humana.

El conocimiento de lo humano, debería ser a la vez mucho más científico, filosófico, poético y amoroso de lo que es. De ahí la pertinencia de reencontrarle el sentido a las palabras perdidas y despreciadas por las ciencias: alma, mente, amor, pensamiento. Conocer al ser humano no es separarlo del universo, sino situarlo en él. No es de sorprendernos que seamos dementes por un lado y racionales por el otro. Estamos condenados a llevar el universo a cuestas, “el cosmos nos ha creado a su imagen” (Morin, 2003: 30).

El lenguaje, la cultura, el amor, el placer, nuestras experiencias, pero también nuestro caos y animalidad es lo que nos hace humanos. El lenguaje enriquece nuestra mente al presentar una infinidad de combinaciones sintácticas y gramaticales, es una parte de la totalidad humana. El hombre se ha hecho en el lenguaje, que ha hecho al hombre.

Y en esta revolución mental apreciamos que las triadas cerebro-cultura-mente e individuo-sociedad-especie citadas por Morin (2003) son inseparables. Somos sujetos humanos cuya mente no solo ha desarrollado la inteligencia, sino que ha engendrado en sí la consciencia y el pensamiento. Somos creadores y las criaturas de los reinos del mito, la razón, la técnica, la magia. Lo uno múltiple.

Pareciera que el conocimiento del hombre se explica como si fuera un rizoma (Deleuze y Guattari en Assmann, 2002: 76) pues “el hombre no está hecho de unidades, sino de dimensiones, y



mejor aún, de direcciones cambiantes, no tiene comienzo ni final, sino siempre un medio por el que crece y se desborda”.

La imagen del rizoma sirve para sustituir en nuestro imaginario, todo lo que remite a centros fijos, disciplinas autosuficientes, significados cerrados, saberes delimitados que nos llevan a recordar las palabras de Ilya Prigogine (1981): “Aprender significa también eliminar certezas pretendidamente concluyentes y mantener encendida la curiosidad”.

3. EL APRENDIZAJE TRAS EL FIN DE LAS CERTEZAS

La ciencia nos acercó a la despedida definitiva de los puntos fijos. Hemos entrado a una nueva fase de la humanidad: la aparición de la dimensión planetaria y de la sociedad del conocimiento. Los avances de las ciencias de la tierra y de la vida transforman nuestra imagen del universo y de la misión del ser humano dentro de él (Boff en Assmann: 2002).

Hoy en día, sabemos, a partir de las Ciencias de la Vida y de las teorías del cerebro/mente, que aprender no se puede reducir a una apropiación de los saberes acumulados por la humanidad. No sólo aprendemos con el cerebro, ni sólo en la escuela; se aprende durante toda la vida y mediante todas las formas de vivir: “Conocer es un proceso biológico. La sociedad del conocimiento es una sociedad que aprende, se flexibiliza, se adapta, instaura redes de relaciones y crea. Educar es tener experiencias de aprendizaje personal y colectivo” (Boff en Assmann, 2002: 12).

Innegables son los aportes teóricos de las de las biociencias y las ciencias cognitivas a la educación; quizá una de

sus posturas más gratas es aquella que nos dice que aprender es vivir. Es además parte natural, biológica y cultural del ser humano. Educar significa defender la vida. Pero si queremos vivir una verdadera vida antes de la muerte, deberemos darle a la educación una función determinante en la creación de la sensibilidad social necesaria para reorientar a la humanidad.

Ante la incertidumbre del mañana, la educación es hoy más que nunca la más avanzada y liberadora tarea social, es además el medio ideal para seguir abrazando el sueño de una sociedad donde quepamos todos. Entendiendo el aprendizaje como este estado de “estar-en-proceso-de-aprender”, este acto existencial nos reafirma como humanos en un mundo en el que gran parte de la población ha pasado a desempeñar la función de “masa sobrante” donde el atraso es, sobre todo, de las mentes y de los corazones (Assmann: 2002).

Hablar hoy día de nichos vitales significa hablar de ecologías cognitivas, de ambientes que proporcionan experiencias de conocimiento, las Ciencias de la Vida han descubierto que la vida es básicamente una persistencia de procesos de aprendizaje. El gran reto es crear un ambiente pedagógico que sea un lugar de fascinación e inventiva: no inhibir sino propiciar la dosis de ilusión común entusiasta requerida para que el proceso de aprender se produzca como mezcla de todos los sentidos, porque el aprendizaje es, antes que nada, un proceso corporal. La vida “se saborea” (Assmann: 2002).

4. PLACER, GOZO Y TERNURA EN LA ¿EDUCACIÓN?

Para Hugo Assmann (2002), el conocimiento solo emerge en su dimensión vitalizadora cuando tiene





algún tipo de vinculación con el placer , para Morin (2003) no hay antagonismo sino complementariedad entre la pasión y la razón, Maturana (1999) nos advierte que enfermamos cuando se nos priva de amor como emoción fundamental en la cual transcurre nuestra existencia relacional con otros y con nosotros mismos; el propio Freire (2006) nos dice que no hay nada mejor que llamar a una persona a gozar el mundo, la vida, el bienquerer.

Las experiencias de aprendizaje para éstos y muchos autores más, deben ir ligadas al gozo. El nuevo encanto y el nuevo placer de la educación requieren la unión entre sensibilidad social y eficiencia pedagógica.

Somos seres humanos amorosos, el amor es propio de todos los animales que viven en cercanía e intimidad. El amor tiene un carácter especial para los seres humanos, porque ha hecho posible la convivencia en la que surgió el lenguaje que, como modo de convivencia, configuró nuestro ser humano en un modo de convivir en el entrelazamiento del lenguaje y el emocionar.

Educador tiene que ver con seducción. Educador es quien consigue deshacer las resistencias al placer del conocimiento (Assmann: 2002). Hoy en día el progreso de las biociencias nos ha ido mostrando que la vida es, esencialmente, aprender, y que eso se aplica a los más distintos niveles que se puedan distinguir en el fenómeno complejo de la vida. Cuando alguien aprende algo nuevo, se produce toda una reconfiguración de todo su cerebro/mente en cuanto a sistema dinámico.

Procesos de vida y procesos de aprendizaje son, en el fondo, la misma cosa; pero aprender también significa desaprender “cosas sabidas” y volverlas a gozar. Así lo advierte Freire para quien

“no hay nada mejor que llamar a una persona a gozar el mundo, la vida, el bienquerer. ¡Tenga valor y venga a gozar haciendo esto!” (2006:140). El educador brasileño nos invita también a hacer un ejercicio cotidiano de transformación en el que pasemos de “hablar a” a “hablar con” lo que implica, necesariamente, aprender a escuchar.

Pero existimos también en el flujo de emociones. Y al fluir de una emoción a otra cambiamos dominios de conductas relacionales. La educación es un proceso de transformación de vida; tiene que ver con el alma, la mente, el espíritu, es decir, con el espacio relacional o psíquico que vivimos y que deseamos que vivan quienes comparten con nosotros (Maturana: 1999).

5. REPENSANDO EL QUEHACER DOCENTE

Mahatma Gandhi decía que la verdadera educación consiste en obtener lo mejor de uno mismo y se preguntaba: ¿Qué otro libro se puede estudiar mejor que el de la Humanidad?

Sima Nisis de Rezepka (Maturana: 1999) designa al quehacer docente como una tarea fundamental para las comunidades humanas presentes, la educación para ella, deberá ser una invitación a la convivencia en el respeto y la legitimidad del otro, recuperando las dimensiones humanas y logremos el desarrollo de nuestras emociones y capacidades de sentir y vibrar con nosotros mismos y con los otros en su presencia y en su ausencia.

La Teoría de la Biología del Conocimiento y la Biología del Amor nos han inspirado para meditar al respecto: la educación, un fundamento para desarrollar destrezas emocionales en el educar: “la educación es un proceso en



el que tanto estudiantes como maestros cambian juntos en forma congruente en tanto permanecen en interacciones recurrentes, de modo que los estudiantes aprenden a vivir con sus maestros el cualquier dominio de vida donde estos últimos los encaminen” (Maturana, 1999: 40).

Cambiar la educación para cambiar al mundo. Es la propuesta de Naranjo (2005) para quien ya es hora de que tengamos una educación para el desarrollo humano. La aspiración será armonizar y equilibrar las partes intelectual, emocional e instintiva de nuestra naturaleza, se trata de una aspiración hacia el holismo como forma de transformación.

La escuela – desde una perspectiva planetaria – deberá verse como un espacio relacional para adquirir las habilidades operativas de la comunidad, considerando – y siguiendo a Maturana – que nosotros creamos el mundo que vivimos, a medida que lo vivimos. Por ello, la tarea de la educación será crear y preservar ese espacio de transformación en el convivir de las personas para el vivir.

La escuela, deberá además ser vista como una organización que aprende, como un ambiente colectivo de experiencias de aprendizaje que merezcan el nombre de sistemas complejos y adaptativos (Assmann: 2002). Es preciso crear climas organizativos que funcionen como ecologías cognitivas, crear aprendizajes colectivos, significativos y así, transformar nuestras vidas y realidades.

Necesitamos una educación solidaria. En la situación actual de la humanidad existe una lógica de exclusión y una asombrosa insensibilidad generalizada en relación con la misma. Freire (2006) nos habla de una intolerancia que es la incapacidad de convivir con el diferente,

que no necesariamente es inferior. Por ello es que vivimos entre “realidades distintas” y estamos lejos de tener una visión del mundo, o de nuestras sociedades particulares: "Se trata de incluir, en el propio aprender, el aprender la vida y aprender el mundo, pensando en la construcción de un mundo donde quepan todos” (Assmann, 2002:108) donde “la inteligencia sería un conjunto de ventanas diversificadas” (Gardner en Assmann, 2002: 110).

Si queremos hablar de una evolución en la educación debemos considerar que toda evolución es el fruto de una desviación que ha tenido éxito, en la que el desarrollo transforma al sistema donde ella nació: lo desorganiza y reorganiza transformándolo. Las grandes transformaciones son morfogénesis, creadoras de formas nuevas (Bateson en Morin: 2003).

La historia no constituye una evolución lineal. Es un complejo orden, desorden, organización, obedece a la vez determinismos y azares, conoce turbulencias, bifurcaciones, derivas, fases inmóviles, éstasis y éxtasis, reacciones y retroacciones que desencadenan contraprocesos.

La historia no es racional en el sentido de que estuviera animada por una razón en acción, la historia humana está confrontada por problemas nuevos. La historia desafía toda predicción, “su devenir es aleatorio, su aventura siempre ha sido, sin que se sepa, y ahora se debería saber, una aventura desconocida” (Morin, 2003: 251).

Es tiempo ya de liberar la imaginación y hacer de la educación un arte. Si entendemos la intencionalidad como esa flecha orientadora de las conductas que consideramos como telenómicas, es decir, aparentemente orientadas por un objetivo (Assmann: 2002) nos quedará más claro que ésta deberá ser la razón



de nuestro aspirar a una transformación profunda en nuestro aprender y enseñar.

6. COMENTARIOS FINALES

Siempre es buen tiempo para pensar y repensar en la educación. Para reflexionar de manera profunda pero comprometida sobre los retos y desafíos a los que nos enfrentamos día a día en el quehacer educativo.

Pero no se trata de solo de cambiar los modelos curriculares, de inventar nuevas palabras que – si no son relacionadas con la vida y el sentir humano – se vuelven huecas y frías. El desafío – y así lo hemos considerado en previos ensayos – es superar nuestras propias visiones, nuestras resistencias, rebasar nuestros paradigmas, desaprender para aprender de nuevo y mejor.

Si no metemos el corazón al aula, si no transformamos las aulas en nichos vitales, si no fomentamos ambientes de respeto, donde pulsen las emociones y donde el ser ocupe un lugar tan privilegiado como el saber, no podremos aspirar a una verdadera transformación en la educación.

El cambio de paradigma sólo se dará si cada uno de nosotros en la intimidad de su aula lo provoca. Si somos capaces de emocionarnos y emocionar a quienes compartimos con nosotros equilibrando la creatividad, la armonía, el pensamiento, la emoción, la curiosidad, el cuidado y el respeto.

“Nadie ha podido inventar el computador capaz de sentir, de comprometerse con el entorno, de llorar o de reír” (Restrepo, 1999: 15). Por ello, es bueno comprender que siempre en la emoción hay algo de razón y en la razón un montón de emoción.



Debemos arriesgarnos a vivir y comprender el mundo desde una visión diferente a la mirada mecanicista en la que tan cómodamente hemos vivido. Y reconocer la complejidad del universo, en la cual, no somos ni por mucho, el centro del universo. Somos sujetos a la vez éticos y estéticos que, sin tener que poner en contradicción la dependencia y la singularidad: “nos vemos obligados a construir la vida en cada momento, teniendo como único aval de certeza la tesitura nacida de nuestra sensibilidad” (Restrepo, 1999: 81).

Si partimos de establecer una distinción clara entre datos, información y conocimiento es que podremos reconocer como fundamental el aprendizaje de toda la vida, que, como ya se ha mencionado no deberá ser exclusivo de la escuela o el trabajo.

En efecto, es de reconocer la importancia de la llegada de la sociedad de la información, hecho que significa un cambio importante de nuestra época. Pero, la biología del conocimiento nos presenta un panorama más amplio y nos devela la urgente necesidad de una ser partícipes y detonantes de una nueva cultura caracterizada por la flexibilidad, la confianza, el compromiso, y la capacidad de prever y gestionar el cambio.

Se requiere la revisión substancial de los sistemas educativos, una transformación pasando de la enseñanza al aprendizaje. Por ello la emergencia de actuar hoy, pues el tiempo gastado hoy, está perdido para siempre (Assmann 2002). Y que haya tiempo para vivir. Que la organización del tiempo de calidad sea más importante que nunca.

Morin dice que “Necesitamos una concepción del tiempo que, por un lado, esté abierta a las dimensiones múltiples del tiempo real, y por otro tenga presente que el tiempo tiene una función mediadora muy práctica en nuestras



interacciones con el mundo, sea como tiempo-del-reloj, sea como tiempo de vivencias” (2003: 210), añade que la experiencia del tiempo vivo, individual y colectivo, implica una pluritemporalidad simultánea.

Y lo importante, al menos para nosotras, es que “nada vale más que la gratitud del presente” (Morin, 2003: 213). Por lo cual, necesitamos un nuevo imaginario para el tiempo. Esto nos lleva a reflexionar que el tiempo es hoy y los protagonistas somos nosotros, profesores que seguimos aprendiendo continuamente y quienes somos preferibles a los que sabe cosas (Morin: 2003).

Pero, lo decimos con gusto, no partimos de cero en lo que a innovación se refiere. Con gusto reconocemos un largo trecho en el que hemos comenzado a repensar todo; incluso la continuidad del tiempo, la continuidad de la vida y el proceso ininterrumpido de aprendizaje. “Vida y conocimiento son el matrimonio del tiempo con el espacio en el impulso de las neuronas al estado mental de estar conociendo” (Morin, 2003: 221).

Hoy el tiempo escolar exige una transformación en tiempo vivencial de la alegría y el placer de estar aprendiendo, ya nos lo dice Morin (2003) al resaltar que educar es seducir a seres humanos para el placer de estar conociendo.

Freire (2006) nos invita a pensar que la educación tendrá una función determinante en la creación de la sensibilidad social necesaria para reorientar a la humanidad. “Una sociedad donde todos tengan sitio sólo será posible en un mundo donde quepan muchos mundos” (Freire, 2006: 28). La educación se enfrenta a la apasionante tarea de formar seres humanos para quienes la creatividad y la ternura sean necesidades vitales y elementos definitorios de los sueños de felicidad individual y social, tarea donde el amor

pueda surgir con una fuerza tal, que sea capaz de transformar mi vida.

Como docentes, nuestra aspiración es contagiar esta pasión y energía a quienes conviven con nosotras en el aula y fuera de ella y que se borren las diferencias entre maestro/alumno y seamos siempre aprendientes en libertad, capaces de vivir a plenitud nuestro talento, sensibilidad, gozo y emoción.

7. FUENTES DE CONSULTA

Assmann, Hugo (2002). Placer y ternura en la educación. Hacia una sociedad aprendiente. Barcelona: Narcea Ediciones.

Freire, Paulo (2006). Pedagogía de la tolerancia. Argentina: Fondo de Cultura Económica

Maturana, Humberto (2002). Transformación en la convivencia: Chile: Editorial DOLMEN.

Morin, Edgar (2003). El método V. La humanidad de la humanidad. España: Ediciones Cátedra.

Naranjo, Claudio (2005). Cambiar la Educación para cambiar el mundo. España: La Llave.

Restrepo, Luis Carlos (1999). El derecho a la ternura. Santiago de Chile: LOM Ediciones.

